

# PEDAGÓGICAS



## Ojeada histórica

**A**PRECIADORES del incommensurable valor de la educación, contemplamos con infinito agrado y satisfacción íntima el creciente interés que, desde hace algún tiempo, viene propagándose en nuestros medios en pro de la racional enseñanza.

Atraídos por su debilidad y agudeza, nos acercamos al niño para quererle y ayudarle. Pero fué tan íntimo nuestro acercamiento, tan cerca de él nos colocamos, que llegamos a fusionar e identificar nuestras vidas. Y entonces fué que vimos la ciega dominación a que está sometido, la barrera que separa su comprensión con los mayores. ¡Están tan lejos de saber comprender los padres a sus hijos!

Y es por eso que nos alegramos de veras al ver flotar gloriosamente en nuestro ambiente los tan interesantes problemas de la educación. Problemas a los que, guiados por nuestro justo deseo de reivindicar al niño, prestaremos cooperación inocente y calurosamente.

Ahora bien: no somos partidarios de planes esporádicos ni de trabajos discontinuos. Presentaremos este esquemático estudio pedagógico en forma metódica y seriada. No vamos a describir toda la historia pedagógica, ya que nuestro primordial interés es llegar a conclusiones concretas y aplicaciones prácticas; no obstante, en este primer trabajo daremos una ojeada rápida y sintética de las tendencias que a nuestro juicio han podido influir en la educación contemporánea.

Nos remontaremos, como datos más antiguos para nuestro objeto, a la obra de M. Fabio Quintiliano, *Institutio Oratoria*, por ser el fundamento básico de las obras ulteriores que de carácter pedagógico se escribieron durante la Edad media. Se destaca como lo más importante de la obra de este romano de origen español, que vivió desde el año 35 al 115 de nuestra era, las sabias recomendaciones que hace a los preceptores acerca de la afabilidad con que hay que tratar a los discípulos, manifestándose completamente en contra de los castigos y malos tratos. Principio humano que no ha sido tenido en consideración hasta nuestros días (1).

Este espíritu educativo de Quintiliano, renació vigorosamente entre los «Humanistas», los primeros que supieron apreciar sus escritos hallados en San Gall por Poggio en 1516.

Después de catorce siglos de enseñanza monás-

tica, orientada por el Escolasticismo, que, apartada de la Naturaleza y de los clásicos, sólo se preocupaba de las abstractas especulaciones metafísicas, surge Agrícola (1443-1485), que educado conventualmente e instruido en las Universidades de Colonia y Lovaina, feudos de la filosofía escolástica, al pasar luego a Italia, conoció el «Humanismo», a cuya doctrina se abrazó con verdadero entusiasmo. El compendio de sus ideas pedagógicas se halla resumido en una carta que dirige a un tal Barbiriano, joven patricio de Amberes. En ella se pone de relieve la importancia de los conocimientos positivos, tendencia hasta entonces pasada por alto durante la Edad media. «Es necesario huir, dice entre otras cosas, de la ociosidad y observar con ánimo tranquilo aquellos fenómenos que causan el asombro de los ignorantes (fenómenos naturales poco frecuentes).» Siguiéronle Hegio y Murnelio, que regentó una escuela con novecientos alumnos y compuso un libro de enseñanza primaria: *Papilla destinada a la alimentación y uso de los niños*. Ambos, con Agrícola y Erasmo, que escribió para enseñanza superior, fueron los más destacados representantes de la Pedagogía humanista.

El valenciano Luis Vives (1492) fué el más importante pedagogo del siglo XVI. Hijo de familia noble, pudo viajar por toda Europa, trabando relación con los célebres humanistas Erasmo y Moro. Aunque de espíritu notablemente religioso, concede gran valor a los conocimientos científicos y a la experiencia personal. — Él fué quien, por primera vez desde los griegos, recomendó la vivisección de cadáveres para el mejor conocimiento de la Anatomía. — Propaga la cultura física, durante tanto tiempo olvidada, y propugna por la salubridad, higiene y ventilación de las escuelas. Da un gran impulso a la enseñanza «vernácula» y a la lengua materna, que hasta entonces había sido suplantada por el latín, e introduce, entre otras, como asignatura de importancia, las Matemáticas, que hasta aquí han tenido efímera existencia, aun en los monasterios.

Sigue en importancia histórica, Comenio (1592), hijo de la Moravia. No empezó a estudiar hasta los dieciséis años, por lo que pudo darse cuenta de la defectuosa enseñanza de su tiempo. Como Vives, concedió gran importancia a la lengua materna. Sentó el principio de que en enseñanza debe partirse de lo concreto hacia lo abstracto, y que nada debe aprenderse sin haberlo comprendido

antes. Influido por Bacon, que decía: «Las ciencias naturales no pueden aprenderse en los libros de los griegos, sino mediante la investigación de la Naturaleza», dió gran impulso a estas ciencias en las prácticas escolares. Escribió algunos libros prácticos y teóricos de Pedagogía, que tuvieron enorme resonancia mundial y fueron traducidos a multitud de idiomas. (Especialmente la famosa *Janua*.)

Locke (1632-1704), uno de los principales predecesores de la «época de las luces», también escribió mucho y bien sobre Pedagogía, pero dedicada solamente a la nobleza. Recomienda mucho ejercicio y gimnasia, amén de una sobriedad casi estricta, alimentación vegetariana y la afabilidad de Quintiliano.

Francke (1663-1727), aunque no fué realmente el fundador, fué el más ferviente propagador del «Pietismo», doctrina que quería fusionar el más delirante misticismo con el frío estudio de las ciencias positivas. Era en cierto modo un paso hacia atrás. El Humanismo había situado al hombre como centro del Universo, y las geniales ideas de Bacon y la filosofía de Descartes, por otra parte, preparaban el terreno al Racionalismo y a la Experimentación, y ahora quería Francke imprimir un movimiento regresivo al hombre en un sentido místico y pesimista. ¡Había nacido tarde! Fué además el instaurador del Asilo, organismo que todavía persiste para baldón de nuestros tiempos.

Al final de la resplandeciente «época de las luces», aparece el potente genio transformador de la concepción educacionista de entonces: Rousseau. Su filosofía, así como su Pedagogía, se fundamenta en estos dos magníficos postulados: «Naturaleza y Libertad». Su magnífico y mejor libro, el *Emilio*, obra interesante en todas las épocas, hasta tal punto sorprendió y revolucionó el ánimo de sus contemporáneos, que a instancias del clero fué quemado por el verdugo en una plaza pública de París y arrestado el autor. Rousseau deja el campo libre al niño, lo libera de esos gravosos trabajos memorísticos, lo aparta de los libros de texto, para volverlo a la Naturaleza, de donde se le había aislado inhumanamente durante tantos siglos. Nos enseña que el niño no es un hombre pequeño, sino un ser que piensa, actúa y siente de muy

diferente manera a la que piensan, actúan y sienten los hombres hechos y derechos, y es así como sienta los cimientos de la psicología infantil diferenciada. Son muchas las cosas que la fresca y pujante inteligencia de Rousseau nos enseña, pero tenemos que ajustarnos a las cortas dimensiones de este trabajo.

Tras la estela brillante que sigue a Rousseau, de hombres ilustres que ejercen más o menos influencia pedagógica, como Kant, Fichte, Goethe, etcétera, surge el más excelso de los pedagogos: Pestalozzi. Nacido en Zurich, en 1746, ya de muy joven escribe valientemente contra los abusos e injusticias de su época. Hubiera seguido por ese camino de seguro, a no ser por el consejo que un amigo le dió en su postrer momento. Desde entonces sus actividades dejaron de ser violentas para metamorfosearse en sus trabajos ulteriores tan eficaces y valiosos para la Humanidad entera y, sobre todo, para la Educación. Se percató del triste abandono en que se encuentra sumida la clase campesina, le sugiere la idea de dedicarse al Magisterio, y se hace campesino y maestro. En un principio, basándose en el hecho de que la emancipación de las clases humildes era más que cuestión de estómago, de capacitación y de cultura, se dedicó exclusivamente a la educación de los niños pobres y abandonados; pero más tarde fué dándose cuenta del craso error que significa dar una enseñanza diferente según la clase social de cada niño, y fundó un Instituto-Escuela para niños de todas clases, estableciendo, por vez primera en el mundo, la Escuela Unica. En ella los niños trabajaban, tejían e hilaban, además de aprender y ser educados.

Este fué el primer paso que se dió hacia la creación de una enseñanza activa del trabajo. Fué Pestalozzi un prodigio de laboriosidad y dinamismo. A media noche se levantaba para atender a sus exigencias de escritor, consagrando el día entero al cuidado de los niños. Es la encarnación en su más pura expresión y el ejemplo más edificante del educador verdad, a la sombra de cuya silueta es preciso que se vayan formando todos los maestros del mundo. Murió en 1827, en una aureola de sublime apostolado por la causa grande de la Educación.

F. C.

